

Esperanza - dolor

La lucha en Irlanda

Lady Mac Bride

La lluvia azota los cristales, un cielo gris, de plomo, unos pájaros negros y grandes, huyendo del temporal, pasan en desbandada. Los árboles doblan sus desnudas ramas al empuje del huracán, y sus movimientos bruscos parecen los de un enorme esqueleto que pugna por desahirse de una fuerza misteriosa que le arrastra, que le empuja a su morada, a la tierra.

Todo es negro y triste en la calle... Dentro, en mi escuela, los muchachos, con sus cabeceitas inclinadas, estudian, juegan, hacen "monigotes". Cabeceitas de ocho, diez, doce años, que pensamientos ocultos tras de vuestros rizos rubios o negros! El que está junto a mí, el más travieso de ellos, tendrá unos siete años; sus ojos son azules como el mar y su ensorijado cabello castaño, cuidadosamente peinado a las nueve de la mañana, está ahora manchado de polvo y de barro. El no se da cuenta de que yo le observo. Con su regordeta mano hace unos trazos que quieren ser una casita con su chimenea grande que echa un humo muy alto. En el tejado posa un pájaro, espaa de hundir la casa por su tamaño; pero el tamaño ni el trazo no vienen al caso.

Junto a él hay otros dos, no precisamente los mejores.

Se enfadan y uno pincha al otro, traicionadamente, con una pluma en el muslo, haciéndole una brechita sin importancia. Pero unos ojos azules, unos ojos travessos y nobles han visto la maniobra, y con aquellos dedos que pintaban la casita que echa humo muy alto, larga un bofetón al traidorcillo, que mide quince centímetros más que él. Le riño, pero sus ojos no bajan avergonzados o confundidos, sino que miran fijamente, con altanería, como relatiéndose.

¡Oh, muchacho de mi escuela! ¡Qué ganas me dieron de cogerte en mis brazos, como un chiquitín. Y decirte que eres un valiente y que te quiero mucho. Porque yo sé que tu gesto altivo es el preámbulo de lo que ves a ser. Tú no serás de los que se humillan ante el tirano, de los que besan sus plantas para recibir un mendrugo de pan. Yo sé que tú defenderás la gran Verdad con altivez, con arrogancia.

Muchas veces estoy muy triste; me figura que de nuevo la ola negra de una dictadura va a envolver a la patria. Veo nuestra bandera pisoteada, rola...

Veo el retrato de Sabín escupido; los Batzokis, profanados. Pero cuando miro a mis muchachos, a estos niños que son toda mi ilusión, todo mi orgullo; que bajo la mirada de Cristo y de Sabín estudian, cantan, rezan... se me ensancha el corazón. ¡No; no ocurrirá eso! Yo sé que tú, el de los ojos azules, sabrás morir, sabrás dar tu pecho antes que permitir que la bandera de tu patria, que es el símbolo de tu iglesia, del cementerio que guarda las cenizas de tus padres, de tu escuela, de la ermita de tu aldeano, sea pisoteada y profanada por el tirano y por el verdugo.

Yo sé que todos vosotros moriréis de hambre, de miseria, antes que permitir que el extranjero injurie a Sabín. Yo sé que vosotros, que hoy sólo sabéis pintar casitas que echan humo muy alto, sangraréis de dolor con la frente arguida antes que esto suceda, dando así ejemplo a los que se conformarían con decir: "Más vale cullar, porque es muy triste que mueran hombres inútilmente", cuando, en realidad, quieren decir, deberían decir: "Más vale callar y ver nuestros entros cerrados, nuestro Ideal ultrajado, que sufrir el frío y la soledad en una oscura celda; más vale callar y no exponerme a perder mi dinero. ¡Maldito dinero! Más vale que la patria sangre que privarme de mi hogar, de mi lujoso hogar, de mi auto, de ir al Club, al teatro de moda. ¡Qué importa que Euzkadi sufra la más horrible afrenta si yo gozo, si yo vivo!"

¡Oh, Euzkadi! ¡Cuánto mal haces!

La misma lluvia monótona azota los cristales.

Se abre la puerta bruscamente y aparece un niño pobre (en mi escuela hay muchos niños pobres). Sus pies están calzados por unas viejas alpargatas, de las que asoman sus dedos callosos y aleridos. Una chaqueta que no se hizo precisamente para él, porque casi le llega a las rodillas y en las mangas tienen un doble grande. Su cara es pálida, algo amoratada por el frío, pero sus ojos castaños son profundos y miran con recelo, con el recelo de la miseria; están hundidos y brillan extraordinariamente. Llega tarde, pero no le riño. Sé muy bien la branda de hierbas que habrá cortado a la mañana temprano; sé muy bien los baldes de agua que del río habrá llevado con sus manitas sucias y yerbas; sé que su madre le habrá dado un trozo pequeño de pan por todo desayuno.

¡Niño pobre de mi escuela! No te reñiré nunca, no, porque me das tentaciones de cogerte en mi regazo y calentarte tu carita triste y sucia con mis besos; de cubrir tus piernecitas huesudas con mi vestido; quererte, quererte mucho, para compensarte del mal que te ha hecho el patrón vasco que ampara y protege al extranjero por miras egoístas, mientras hay hermanos suyos que no tienen pan; mientras hay niñas vascas pobres y azules en mi escuela; para compensarte del mal que te hace ese rico que, cuando le suplicas amparo, te responde: "Ya estoy hartado de dar, mientras no se priva del menor capricho ni del menor lujo.

¡Niño pobre de mi escuela! Reposa en mi regazo, cierra los ojos, duerme; yo te protegeré, porque eres un hijo pobre de nuestra pobre Euzkadi.

Era el 10 del pasado noviembre. Los ingleses y agéfilos habían preparado en Dublín unos actos para el día siguiente con motivo del armisticio de la guerra europea. Los republicanos irlandeses—separatistas—hicieron publicar anuncios para la celebración de un mitin público, de oposición, que se celebró en la plaza del Colegio, de dimensiones vastas y situada en lo más céntrico y mejor de Dublín.

Cuando llegamos al lugar, vemos un camión armado a la acera, en uno de los costados del Banco Nacional. Del camión a la pared del Banco, desde el radiador y a su derecha, parten dos cuerdas acotando la acera. Sobre la plataforma del camión un micrófono y dos altavoces.

Son las ocho de la noche y la concurrencia escasa aún. Suenan gaitas y el ruido acompasado de pasos, como el que producen grupos de hombres en formación. En efecto, son dos batallones del ejército republicano—organización de unos 45 mil hombres, independiente enteramente del Estado—que precedidos de sus bandas de gaiteros llegan al lugar. También llegan unos cincuenta policías—el tipo conocido del policía inglés— que se sitúan discretamente en el lugar próximo al mitin, sin ese aire verdaderamente provocador que hemos visto a la fuerza pública española en Euzkadi.

Nos acercamos al camión a saludar a algunas personas que han de tomar parte en el mitin.

En este momento se produce en el público un pequeño revuelo y vemos avanzar despacio a una señora. Ya la conocemos por haberla saludado unos días antes. Es Lady Mac Bride. Muy alta, huesuda, como de unos setenta años. El público le abre paso con respeto. Llega a la cuerda, se saca y, sin ceremonia alguna, se acerca a una silla a la que sube; después a una mesa, y de allí a la plataforma del camión. Siéntase y espera a que otros hallen al público congregado.

Cuando se acerca al micrófono, sentimos una sacudida de emoción. En efecto, era como una encarnación viva de la Amargura vasca, tal como la concebimos desde niños. Vestida de luto, con un velo largo que le cae por la espalda; erguida aún, se dirigió a su pueblo con voz pausada y enloñada. En los veinte o más minutos que dura su peroración, no advertimos en ella ni fatiga ni irritación

alguna. Declara muy bien y parece que está recitando una lección de amor y de fortaleza. Lo que más amaba, había ofendido por la Patria, Mac Iride, su esposo, fué uno de los jefes militares fusilados en la revolución del 16 entre los compañeros de Patrik Pearse... ¡qué importaba ya su vida! Para alcanzar la plataforma del camión, desde la que hablaba, se había apoyado en el brazo de su hijo, joven como de 30 años; uno de las más firmes esperanzas de Irlanda.

Lady Mac Iride aún tiene una leve ironía para el "bienaventurado" alcalde de Dublín. Ella muestra su disconformidad con la actuación política de De Valera.

Parece que al actual Presidente de Irlanda es lo que más le afecta; el que está angustias figuras muestran su disconformidad.

Es natural. Señora que en las circunstancias death y Iride, en una noche fría de otoño, después de un viento glacial, sube a la plataforma de un camión en la plaza pública de Dublín, ara aguantar así, acaso más de tres horas; que habla, como la hace, más de veinte minutos dará siempre brillo a un pueblo y hasta puede, por sí misma, redimirlo.

Es que nada hay que tanto edifique como una vida, en la que la más sublime de las virtudes, la del sacrificio, es llevada sin interrupción año tras año. El esposo caído y su qué circunstancias!—el estrofe horrendo para toda familia— a Lady Mac Iride ni le amilana ni le herita. Allí está presenciando a su hijo en el uso de la palabra levantando una vez más, serenamente, la antorcha para alumbrar el verdadero camino de su patria. Y así hasta la extinción de su vida.

Desearíamos que con el homenaje de nuestra admiración, reciba tan respetable señora nuestra identificación con sus sentimientos patrióticos.

OTARRA

Para afeitarse:
LORE-BITSA
Crema vasca
Sin jabón ni brocha

Pescadería Euzko
Concha, 11 - Tel. 17.363

J. de Artañeta
SASTRE
Gran Vía, 6, 5°

Farmacia Moderna
RAFAEL LIZÁRAGA LERUE
Servicio rápido a domicilio
Artículo, 38 :: Tfno. 13.205 :: BHBao

ARANA
CALZADOS PARA MENDIGOIXALE
Diputación, núm. 3. — BILBAO

HERMENEGOTIA

CARNICERÍA
DE
Bonifacio de Erkoreka
San Francisco, núm. 14.
Pl. del Mercado, núm. 52.

